do, para devolverla todo el que ella la causaba! ¡Qué! aquella mujer la habia quitado su marido; despues, la habia dado una limosna! ¡La caridad cómplice de la adúltera! ¡Tanta monstruosidad y tanta hipocresía!

Los pensamientos más diversos se agolpaban á la cabeza de Brígida. Sentia en ella como un hervidero. Sus piés y sus manos estaban helados, y si sus ojos tenian aún la apariencia de la vida, era porque la cólera les animaba. Sin fuerzas, quebrantada, abatida, iba al fin á ceder á tantas emociones y á perder el conocimiento, cuando de repente vió abrirse la puerta y entrar una mujer. Aquella mujer era hermosa, sonriente, elegantemente vestida. Parecia el ángel que consuela los grandes dolores y cicatriza las heridas profundas.

Era Margarita.

IX.

A la vista de la mujer que la habia arrebatado su última alegría, Brígida se irguió llena de orgullo y de ira, y, extendiendo hácia su rival victoriosa un brazo irritado, la dijo:

—¿Cómo os atreveis á venir aquí?

Esta frase hizo comprender á Margarita que Brígida conocia sus intrigas.

Permaneció un momento silenciosa, turbada; despues contestó:

—Sabía que erais desgraciada, y he querido conocer la extension de vuestra desgracia, con el objeto de aliviarla.

—¡Quereis conocer la extension de mi desgracia! Entónces, escuchad bien. Estais viendo una mujer que acaba de saber que su marido, despues de haberla maltratado, arruinado, matado á disgustos, la engaña ahora con otra.

Margarita guardó silencio.

—Durante cinco años,—continuó Brígida,—he llorado mucho, y sin embargo, nunca mis ojos habian derramado lágrimas tan amargas como las que han vertido hoy. Al presente todo ha concluido; tengo resuelto lo que he de hacer. Mostraré á todos un semblante tranquilo y resignado. Pero á vos, que sois la causa de mis dolores más crueles, quiero deciros que os odio, y que mi odio os hará desgraciada. Podria á mi vez causaros mucho mal, revelar á vuestro marido la infamia de que como yo es víctima; pero me callaré. Creia ser amada, pero he comprendido el amor que inspiro: no vale la pena que yo emprenda una lucha para defenderle. Unicamente os advierto que no me provoqueis más volviendo aquí. ¡Salid! vuestra presencia en esta casa me es odiosa.

Margarita, humillada, dominada, vencida por aquella palabra vehemente, iba á salir, cuando apareció Furbicio.

De una mirada lo comprendió todo.

El ademan de su mujer, la actitud embarazosa de Margarita decian lo bastante. No era difícil adivinar las palabras que las dos mujeres acababan de cambiar.

A su vista, Brígida se sonrojó; su brazo, hasta entónces extendido hácia adelante para señalar la puerta á su rival, volvió á caer á lo largo de su cuerpo, y echó sobre su marido una mirada suplicante, que decia claramente: «No reniegues de mí delante de esta mujer.» Pero ya ésta se habia adelantado hácia Furbicio, y tomando á su vez la palabra:

—Conocia la miseria que reina aquí, y habia venido á aliviarla. Tú has visto cómo me lo han agradecido y cómo me han tratado. A nadie guardo rencor. Soy feliz al haber sufrido por tí.

Y vengada por estas palabras, Margarita se dirigió de nuevo hácia la puerta.

Furbicio la detuvo cogiéndola la mano.

—Perdonad si os detengo, — dijo. — Pero no podeis salir así; es preciso que se disculpen con vos.

—¡Disculpar!—exclamó Brígida indignada.

—Disculpar,—repitió friamente Furbicio.

Y mirando á su mujer con una fijeza extraordinaria, añadió:

—Eres una estúpida, una tonta, una ingrata. Esta mujer nos ha hecho bien á todos. Tú deberias besar donde ella pisa, y la injurias. ¡De rodillas, yo lo quiero!

Apoyó brutalmente su mano sobre los hombros de Brígida, y la hizo caer sobre sus rodillas, pronunciando esta insensata palabra:

—Discúlpate.

Brígida no abrió la boca. Su semblante permaneció impasible, y sus labios, estrechamente apretados, indicaban bien á las claras que no se moverian áun cuando debieran abrirlos con un hierro candente.

—¡Furbicio!—dijo Margarita avergonzada de aquel espectáculo.

—¡Es que yo soy aquí el amo, y el único! — replicó el chalan.—Ya he dicho que no queria que se ocuparan de mis asuntos particulares. Tengo la pretension de ser obedecido.

Hizo una señal; Brígida se levantó. Despues continuó, señalando á Margarita, y dirigiéndose á Brígida:

—Quiero que á esta mujer se la tenga un respeto profundo. ¡Yo lo quiero! y si se niegan á obedecerme...

No terminó; pero su hercúleo cuerpo se habia inclinado hácia adelante, sus labios murmuraban terribles palabras, sus manos estaban en actitud amenazadora, y sus ojos, centelleantes de furor, permanecieron fijos un momento sobre Brígida, como si hubiera querido magnetizarla. Un temblor

convulsivo se apoderó de la desgraciada mujer, y con voz alterada dijo:

—Haré lo que querais.

Tenía miedo.

—Está bien,—contestó Furbicio sonriendo.—Bien sabía yo que Brígida sería razonable. Ahora será amable hasta el fin, y nos dará unos vasos, porque debeis tener necesidad de refrescaros,—dijo á Margarita.

Esta contestó con una negativa. Pero Furbicio se adelantó hácia ella.

—Yo quiero,—dijo otra vez, pero con voz conmovida.

Margarita quiso tambien; y despues de presentar Brígida los vasos, Furbicio vertió en ellos algunos dedos de un vino añejo. Miéntras que él vaciaba el suyo, Margarita humedecia sus labios, y de pié delante de ellos, como su criada, Brígida les miraba con sorpresa y horror á la vez.

Margarita salió por fin, profundamente conmovida y bajo la impresion de un inexplicable terror. Por pervertida que fuera, la conducta de Furbicio habia turbado su alma de tal modo, que la parecia ver surgir de todas partes, en torno suyo, catástrofes terribles. Hasta aquel momento, sus relaciones con Furbicio habian permanecido ignoradas. Moulinet, que las conocia, arrodillado ante ella, se habia atado las manos y cerrado la boca. Sabía que por su parte no habia que temer ninguna indiscrecion. Pero desde aquel momento, sus pasos estaban vigilados por un sér cuya desgracia habia causado; por eso temblaba al pensar en las represalias que la amenazaban.

Durante esas noches agitadas, la parecia que arrancaban brutalmente á Furbicio de sus brazos. Entónces, si él estaba á su lado, le cubria de apasionadas caricias.

—¡No me abandones!—le decia.—Veo levantarse

un fantasma entre nosotros. Quieren separarnos. No te vayas, ó me moriré.

Y se retorcia en los parasismos de la fiebre y del delirio. Furbicio, sin embargo, consiguió tranquilizarla. La aseguró que Brígida no hablaria nunca, que su amor no sería turbado, y que su corazon era de ella y sólo de ella. Sus protestas fueron sinceras. Estuvo tan elocuente, que comunicó al alma de Margarita una inquebrantable conviccion. Segura de ser amada y de poder amar sin riesgo, habia vuelto á encontrar la calma, y entónces su único cuidado fué mantener intacta la confianza que su marido no habia cesado de demostrarla.

Pascoul no habia tenido conocimiento de las escenas que acabamos de contar.

Ya lo hemos dicho: era un hombre honrado, crédulo y bueno, incapaz de sospechar el mal, como era incapaz de hacerle. Habia olvidado lo que en otro tiempo le habia dicho el padre de Margarita; creia en su mujer como creia en Dios. La amaba hasta la adoracion, y esto basta para explicar su ciega credulidad.

Iba recobrando la salud. Su cuerpo se enderezaba, gracias á la bienhechora inaccion en que se complacia. Renacia á la vida, y la primavera que aparecia en todo su sér físico producia tambien sus efectos en su espíritu y en su corazon. Todo parecia sonreirle; y en la amistad que, ante sus ojos, demostraba Margarita á Furbicio, no veia más que una santa conspiracion cuyo objeto era su felicidad.

En cuanto á Moulinet, desde el dia en que Margarita le habia besado en las dos mejillas, se sentia dispuesto á morir por ella. No estaba celoso de Furbicio, cuya presencia en la granja le proporcionaba la posibilidad de ver y hablar á Margarita. Este afecto tan tierno, tan desinteresado, tan apasionado, se encuentra generalmente en los séres desheredados é imperfectos. Viven en la sombra

que proyecta sobre ellos la felicidad de los demas, y se contentan con las migajas del festin. El amor platónico de Moulinet por Margarita hacía un extraño contraste con la pasion material de Furbicio.

El tiempo, pues, pasaba sin producir ningun cambio en esta situacion singular. Margarita y Furbicio se amaban; Pascoul hacía alarde de su confianza; Moulinet acariciaba sus quimeras, y Brígida, enteramente abandonada, insultada, engañada, pero dominada como si hubiera despertado de un sueño magnético, devoraba su dolor y su vergüenza. La Valbray prestaba sus servicios á los amantes, recibia sus confidencias, vivia de sus beneficios, les inspiraba con sus consejos; genio malhechor, siempre dispuesto á tomar parte en todas las infamias.

Entretanto, Federico Borel esperaba en Apt el resultado de la confidencia que habia hecho á Brígida. Habia creido que la mujer de Furbicio, dueña del fatal secreto, sabria poner término á unas relaciones que habian introducido la deshonra en la casa de Pascoul. La veia arrojándose á los piés de aquel marido confiado y engañado, revelándole la extension de su desgracia, pidiéndole venganza para él. Entónces Margarita, que en otro tiempo habia despreciado su amor, era vergonzosamente arrojada de la Bastida-Nueva, y, en su calidad de primo, conseguia de Pascoul moribundo la donacion anticipada de una parte de su fortuna.

Borel se equivocó en sus previsiones. Esperó algunas semanas. Ningun eco, ningun rumor le hicieron saber que sus esfuerzos habian sido coronados por el éxito. Entónces decidió ir á Gordes; vió á Brígida, y la interrogó. Esta se encerró en la dignidad de su infortunio; no hizo ninguna confidencia; y, á las interesadas instancias de Federico, se contentaba con contestar estas palabras:

—Mi marido me ama. Ya volverá á mí.

Al separarse de ella, Federico Borel examinó

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

con frialdad la situacion, y buscó medios de accion bastante poderosos para conseguir sus fines. Varios partidos se le ofrecian. El más sencillo, seguramente, consistia en acercarse á Pascoul. Repetirle todo lo que habia dicho á Brígida, parecia un procedimiento cuyo éxito no era dudoso. Pero Borel, como ya lo hemos dicho, temia á Furbicio, y le repugnaba obrar paladinamente. Tambien podia emplearse el anónimo; pero Pascoul era de los que van con la frente levantada, despreciando sin reserva las venganzas ejercidas secretamente; no haria caso de las revelaciones firmadas por un desconocido.

Sólo un arma quedaba á la disposicion de Federico. Resolvió emplearla. Cerca de siete meses habian trascurrido desde el dia en que Margarita habia encontrado á Furbicio bajo la roca del camino de Cavaillon. De repente empezó á susurrarse en Gordes que la mujer de Pascoul tenía un amante, y que este amante era el chalan de Fontblanche. No habia ninguna prueba, pero sin embargo se decia.

La primera persona de la granja que lo oyó decir, fué Moulinet, estando una noche en la taberna. Sintió un dolor inexplicable, porque queria tanto á Margarita como si hubiera tenido derechos sobre ella. Pero la emocion que experimentó no le hizo perder su presencia de ánimo.

El aldeano que habia hablado se habia contentado con aludir á las frecuentes visitas de Furbicio á la Bastida-Nueva y á las consecuencias que de ellas podian sacarse. Moulinet sin vacilar se fué derecho al fondo del asunto.

—¿Querriais dar á entender,—dijo,—que la mujer de Pascoul es la querida de Furbicio? Pensad en la gravedad de vuestras palabras.

—Yo no digo eso,—contestó el aldeano, asustado de lo que habia hablado.—Yo no sé nada, ni nada he visto; repito únicamente lo que se susurra por todas partes.

—No deberiais repetirlo con tanta ligereza. Se trata de la honra de una mujer á quien su fortuna y su hermosura han creado muchos enemigos. Es honrada, entendedlo bien. Nada hay contra ella: ni los hechos ni las apariencias. Si Furbicio va con frecuencia á la Bastida-Nueva, es porque es amigo del amo, y á este último le gusta tenerle á su lado. ¡Animales!—añadió Moulinet encolerizándose;—¡si les dijeran que Dios ha volado en la iglesia de Gordes, lo creerian! ¿Quién es el infame que ha dicho esas falsas palabras contra nuestra ama? Quisiera conocerle para enseñarle á contener su lengua.

Todos se callaron, como sucede en semejantes circunstancias, y Moulinet salió con arrogancia algunos momentos despues, dejándolos medio convencidos de la inocencia de Margarita Pascoul.

Al volver á la Bastida-Nueva, se apresuró á contar á Margarita lo que habia pasado delante de él.

—Tened cuidado, os lo suplico,—la dijo;—toda la prudencia es poca. Hay gentes mal intencionadas que os vigilan. ¿No podria Furbicio dejar de veros durante algun tiempo?

—¿Dejar de verme? ¡Tú estás loco! Aun cuando él lo quisiera, yo sabria impedírselo.

Este fué el primer grito de Margarita.

Despues añadió:

—Además, tú has dado á todas esas habladurías un mentís que las reduce á la nada. Yo te prometo, sin embargo, ser más prudente. Empezaré desde mañana. Debo acompañar á Furbicio al mercado de Isla. Partiremos ántes de amanecer y no volveremos hasta la noche.

—¡Vais á Isla con él! Eso es imposible; os verán allí. No vayais, os lo suplico. Si me profesais alguna amistad, no vayais.

Margarita se encogió de hombros.

—¡Siempre la pasion!—exclamó.

Y como viera la pena que causaba á Moulinet, prosiguió con voz más dulce:

—Yo te agradezco lo que has hecho. Primero me has defendido, y en seguida me has avisado; está bien. Pero la amistad que pueda profesarte no es capaz de cambiar en nada mi amor por Furbicio. Mañana pasaremos el dia juntos. Es él quien lo ha querido. Además, mi marido lo sabe.

Dicho esto, se retiró, inquieta sin embargo, á pesar de su aparente tranquilidad. El dia siguiente, con el consentimiento de su marido, que sabía que tenía necesidad de ir á Isla, fué allá en el carruaje de Furbicio. No encontraron á nadie durante el camino. Al llegar á las puertas de la poblacion, se separó de su amante para no reunirse á él hasta la noche. Unicamente á la vuelta le habló de los temores de Moulinet.

—Alguien ha hablado,—dijo Furbicio,—y no puede haber sido otro que Borel. Yo sé lo que me queda que hacer.

—¿Qué quieres decir?—exclamó Margarita alarmada.

Furbicio contestó con un signo elocuente. Quería dar á Federico una leccion á bastonazos.

—¡Guárdate bien de hacerlo!—prosiguió ella.—Maltratarle, sería probar que ha tenido razon. Seamos prudentes; mantengamos la confianza de mi marido, y los rumores cesarán por sí mismos.

Algunos instantes más, y se iban á separar, despues de aquel viaje mano á mano y solitario que habia sido un contínuo beso.

Habia llegado la noche, apenas iluminada por una pálida luna. El aire era tibio é impregnado de los aromáticos olores que la fértil tierra enviaba al cielo.

—¡Ah, te amo tanto,—exclamó Margarita,—que quisiera sufrir incesantemente para probarte mi amor, con la condicion de ser tuya sin cesar!

Furbicio la estrechó con sus poderosos brazos. Habia abandonado las riendas sobre la grupa de su caballo, que seguia lentamente el camino blanco y

derecho, entre los rubiales y las praderas pobladas de sauces. Las pasiones son violentas bajo el sol del Mediodía, y Furbicio amaba. Su robusta naturaleza estaba unida, por todas partes, á aquella mujer, seductora como el vicio.

La tuvo largo tiempo estrechada contra su pecho. Todo les hablaba de amor, y la hora que pasaba, aunque precedida de otras semejantes, les proporcionaba dulzuras infinitas, más completas aún que las de la víspera. Ya no se pertenecian, encadenados por sus pasiones, dominados por ellas.

—¡Nos han visto!—exclamó de repente Margarita poniéndose derecha.

Un hombre, en efecto, acababa de salir de una hondonada, y, al pasar, habia lanzado una mirada al interior de aquel carruaje que rodaba con tanta lentitud á la hora en que todos se apresuran á retirarse á su casa.

—Te has engañado,—contestó Furbicio.

—Te digo que ha pasado un hombre.

Furbicio saltó con presteza del carruaje, y miró en torno suyo. La noche era oscura; no vió nada.

—De todos modos,—replicó,—la oscuridad nos ha protegido.

Volvió á ocupar su sitio, y algunos instantes despues entraban en la granja, de donde Furbicio se dirigió á su casa.

En los dias siguientes, Moulinet se presentó con más frecuencia en Gordes y en la taberna. Queria escuchar, espiar; habia dicho no hacía mucho á Margarita: «Yo velaré en torno vuestro como un perro fiel; adicto á vuestros amigos, feroz para vuestros enemigos.»

Cumplía su promesa.

Pero se preparaba una catástrofe.